Estaban los cuatro mirando televisión. Mamá, papá y Bobby, el “nene” de la familia a pesar de sus veintidós años, apoltronados en el inmenso sofá de cuatro cuerpos y la abuela en su sillón hamaca, con una frazada que le cubría las piernas.

A pesar de ser las cinco de la tarde, hacía bastante frío. De todos modos, mamá dejó abierta la ventana del living que da al jardín.

Cuando empezó el noticioso escucharon un persistente sonido, un zumbido mejor dicho, rrrrrrrrrrrrrrrrrr. Bobby sintió que algo le rozaba las orejas y dio varios manotazos en el aire para espantarlo. Los ocho pares de ojos siguieron la dirección del molesto silbido y entonces vieron un enorme moscardón verde que se posaba sobre la fuente con manzanas. Bobby tomó la revista que había estado leyendo, levantó el brazo y estaba a punto de descargarlo sobre el insecto cuando lo dejó detenido en mitad de camino, al escuchar el grito de la abuela: –¡No, Bobby, no lo mates; trae mala suerte matar un moscardón verde! El muchacho rió, divertido; él no creía en esas supersticiones de viejos, pero por respeto a la anciana solo se limitó a espantarlo.

Los padres salieron al jardín pero él siguió viendo el programa.

Al rato se quedó dormido, con la boca abierta, como siempre. Sus ronquidos parecían trombones desafinados. En una de esas, cuando tomaba aire sintió que algo se le metía en la garganta, haciéndole fuertes cosquillas y provocándole arcadas tan poderosas que casi le impedían respirar.

Se despertó de un salto sumido en el pánico. No podía hablar ni gritar ni pedir ayuda. Y esa cosa parecía dar vueltas vertiginosas en su garganta. Trató de toser con la esperanza de escupirla, si es que era algo y no una sensación suya. Mareado por la falta de oxígeno se puso a girar sobre su propio eje, lo cual aumentó el vértigo y el aturdimiento. Fue así que no advirtió que el borde de la carpeta del piso estaba levantado, se enredó y cayó hacia atrás. Su cabeza golpeó con la esquina de la chimenea, que se le incrustó en el cráneo como si fuera una daga. Entonces comenzó a echar sangre por la boca. En medio del torrente rojo expulsó un objeto negro y verde que se debatía con fuerza para no ahogarse. Por fin, el moscardón liberó sus alas y salió volando por la ventana del living, esa que daba al jardín.

Se fue tan rápido que no advirtió que Bobby estaba muerto.